



Foro Internacional

ISSN: 0185-013X

revfi@comex.mx

El Colegio de México, A.C.

México

Hernández Colorado, Jaime  
RESEÑA DE "LA POLÍTICA EXTERIOR DEL FRANQUISMO (1939-1975). ENTRE HENDAYA Y EL  
AAIÚN" DE JULIO GIL PECHARROMÁN  
Foro Internacional, vol. LI, núm. 3, julio-septiembre, 2011, pp. 585-590  
El Colegio de México, A.C.  
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59923460008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Julio Gil Pecharromán, *La política exterior del franquismo (1939-1975). Entre Hendaya y El Aaiún*, Barcelona, Flor del Viento, 2008, 430 pp.

“Me dejaría arrancar los dientes uno a uno, antes que sostener otra entrevista con el Caudillo español”. Certera y cruel, esta afirmación de Adolf Hitler a Mussolini define la relación de la dictadura del General Franco con la Alemania Nazi. *La política exterior del franquismo* intenta hacer una radiografía de la política exterior de la dictadura española, señalando sucesos, momentos y personajes importantes; destaca fuertemente la figura de Franco en la ejecución de esta política, primero como “Jefe del Gobierno del Estado” y luego, como Caudillo de España *Dei Gratia*.

En el libro se hace una división, un tanto rígida, de la historia de las relaciones exteriores del periodo franquista. Son cuatro las etapas: la Guerra Civil y el apoyo al Eje, la posguerra y el aislamiento, los problemas coloniales y una fase de calma en que el Ministerio de Exteriores funcionó ya de forma rutinaria. Partiendo de la validez de esa división, puede decirse que el libro contiene la historia completa de las relaciones exteriores de España en el gobierno de Franco. El autor abunda en las luchas y posteriores negociaciones para la independencia de los territorios coloniales y sobre la relación con Estados Unidos. Éstas eran las condiciones de primer orden para la apertura de España al exterior y su incorporación a organizaciones internacionales después de la Segunda Guerra Mundial.

En el texto, la relación de España con Iberoamérica queda relegada a segundo plano, porque el autor supone que hablar de la relación con Argentina y República Dominicana es hablar de toda América Hispánica, o que la actuación de la Falange Exterior en esos dos países resume la acción del régimen franquista en América Latina. Deja de lado los intercambios comerciales y culturales de la España franquista con otras naciones iberoamericanas, que existieron, a pesar de no haber relación diplomática formal con el gobierno de Franco.<sup>1</sup> Hay que señalar que, si bien no se sostuvo vínculo diplomático, sí lo hubo con el gobierno republicano en el exilio, al que México reconoció como gobierno español hasta 1977. No da importancia tampoco al enfrentamiento internacional que sostuvo el presidente Luis Echeverría con el gobierno franquista en 1975, al grado de haber escrito mal –en dos ocasiones– el apellido del mexicano.

La hipótesis principal señala que Francisco Franco fue quien diseñó, sin influencias de ningún tipo, la política exterior española. Esta afirmación es en cierto modo correcta, pero un análisis más profundo haría

<sup>1</sup> Cfr. Clara E. Lida (comp.), *México y España en el primer franquismo*, México, El Colegio de México, 2001.

posible refutarla, si empezamos, por ejemplo, señalando que la implementación de una política frecuentemente acaba por modificarla. En otro sentido, no hubo, para el autor, una élite del poder –a partir de C. Wright Mills– que influyera, condicionara y definiera o hasta cambiara las decisiones de Franco. Lo que hubo fue una burocracia en el Ministerio de Exteriores, controlada verticalmente por Franco mediante la designación de los ministros. Si para Julio Gil existieron las “familias” franquistas,<sup>2</sup> éstas no tuvieron la fuerza suficiente como para determinar y hasta tomar las decisiones de la política exterior franquista, o para modificarlas.

No estaría a discusión la hipótesis del autor, si asumiera que detrás de lo que él presenta como el *decisionismo* de Franco, natural en un régimen autoritario, hubo todo un cálculo político para buscar el arreglo más adecuado no para España, sino para el mantenimiento de Franco en el poder. Entonces, hay condiciones para decir que además de las preferencias de Franco, sobre él influyeron de modo determinante las de otros actores o grupos de actores. El pragmatismo que caracterizó a su política exterior no fue producto de sus cambios de ánimo, sino de agregación de intereses individuales –hablando en términos de la elección racional– o de juegos entre actores que combinaron y definieron la acción mediante la interacción de intereses individuales y organizacionales –viéndolo desde la sociología organizacional–. Tales actores eran quizá más conocedores de las relaciones internacionales; por ejemplo, el embajador José Félix de Lequerica.

Tomando a Theda Skocpol<sup>3</sup> como sustento teórico para impugnar la afirmación del autor, que sólo ve la voluntad de Franco como motor de toda una política exterior, es posible decir que el contexto internacional influyó fuertemente en la definición de las líneas generales en la relación con otros países. La segunda cara del Estado, su inclusión en una comunidad de Estados a los que afecta y de los que se afecta, ayudaría a explicar las decisiones de política exterior siempre que el autor no asimilara al Estado –como eje de esa política– con el dictador. Es cierto que en un régimen autoritario es posible hacer esa transfiguración, como algunos sostienen sucedía en México durante el régimen priista, aunque en ese caso se habla de una organización –partido político– difícil de separar del Estado y no de una persona.<sup>4</sup> De modo que no es lo más adecuado tratar a Franco como la realización de la más famosa frase de Luis XIV.

<sup>2</sup> Que analiza Amando de Miguel, *Sociología del franquismo*, Barcelona, Euros, 1975.

<sup>3</sup> *Los Estados y las revoluciones sociales*, México, FCE, 1984.

<sup>4</sup> Véase Mauricio Merino, *Gobierno local, poder nacional. Contienda por la formación del Estado mexicano*, México, El Colegio de México, 1998.

No sólo durante la Segunda Guerra, sino en el periodo posterior, las condiciones internacionales obligaron a que el gobierno de Franco se alineara con unos y otros, buscando, como dice Gil, “la supervivencia del régimen”, es decir, con ese objetivo, alcanzable ya uniéndose a Alemania, o subordinándose, cediendo soberanía territorial para bases militares a Estados Unidos. Es posible decir que Francisco Franco manejó –en su régimen autoritario– las relaciones internacionales de su país, pero es insostenible afirmar que el Caudillo tomó decisiones de política exterior sin consultar a nadie y sin tomar en cuenta el entorno internacional y que estas directrices se hayan aplicado a la letra. Es necesario tener en cuenta las restricciones institucionales que, desde el institucionalismo histórico, se dice que determinan el resultado de las políticas.

En la posguerra, durante el periodo de aislamiento internacional, la España franquista tuvo que refugiarse en los pocos Estados amigos que tenía, sobre todo después de la condena de la ONU al régimen español y de que la *moción Quintanilla*, un “traje a la medida” española promovido por el gobierno mexicano, logró excluir a aquellos países “con un régimen totalitario que hubiera sido implantado con la ayuda de fuerzas militares que hubieran luchado contra las Naciones Unidas”.<sup>5</sup>

La necesidad de mantener el poder llevó a que Franco hiciera gestos de buena voluntad a Estados Unidos, que era como dárselos a todas las Naciones Unidas a la vez, para lo que el *Spanish Lobby* fue determinante. La capacidad de Franco para flexibilizar sus posiciones políticas y acordar con aquellos países que pelearon contra sus socios del Eje fue formidable.

El aparato político exterior del franquismo tuvo lo que se puede llamar una “élite” comandada por diplomáticos experimentados, que además fue muy diversa pues incluyó a todas las “familias”. Esta élite gubernamental actuó para mantener a Franco en el poder y así seguir favoreciendo sus propios intereses. Se servían del régimen de modo que lo bueno para Franco era bueno para ellos.

El acercamiento con Estados Unidos, un proceso que el autor detalla, fue resultado de un intenso cabildeo en el Congreso de ese país y del trabajo de José Félix de Lequerica en la coordinación del costoso *Spanish Lobby*. Producto de eso fueron los pactos de asociación militar que Franco firmó con Eisenhower, en que aceptaba condiciones desventajosas a cambio de ayuda militar, que en la práctica fue casi inútil, dadas las restricciones para el uso del armamento “donado”. Faltó al autor señalar que este acercamiento

<sup>5</sup> Citado por Alberto José Leonart Amsélem, “El ingreso de España en la ONU: obstáculos e impulsos”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 17, 1995, p. 104.

marcó un hito en la sociedad española, pues el régimen lo presentó como un gran triunfo y creó una idea espectacular al respecto.<sup>6</sup>

La relación con otros países durante la guerra fue un reto para Franco y sus diplomáticos porque tuvieron que decidir casi a ciegas cómo mover a su país en esa difícil coyuntura. El autor resalta esto, de modo que las relaciones con Alemania e Italia se explican, más que como puntales de una conveniencia política fuerte, como una estrategia de supervivencia. Durante este período, la mala situación económica de España después de la Guerra Civil llevó a Franco a intensificar las relaciones comerciales con Alemania, el miembro industrializado del Eje. Por otro lado, Franco llevó con cautela la relación política con Hitler, procurando no comprometerse con la entrada de su país en la guerra o bien exigiendo para ello condiciones casi imposibles de cumplir, como los anhelos resumidos en *Reivindicaciones de España*.<sup>7</sup> La relación con Italia es, para Gil, de apoyo moral, más que económico. La Italia de Mussolini estaba en iguales condiciones que España en aquel momento, sobreviviendo con una economía agrícola y destinando sus esfuerzos al triunfo del Eje, cosa que España no podía darse el lujo de hacer. De ahí lo que el Caudillo dijo a Hitler en su entrevista en Hendaya: “no puedo ser tan irresponsable, primero está la reconstrucción de mi país”. Reconstrucción de la que el Führer se negó a cubrir los gastos.

Durante la Segunda Guerra Mundial y posteriormente, España tuvo ante el Reino Unido un lugar especial; primero, porque el primer embajador de Franco en Londres fue el Duque de Alba, emparentado con la nobleza británica y con el propio Winston Churchill; también, porque el gobierno británico tenía una alianza con el de Oliveira Salazar en Portugal y en cierta forma tenían cercado a Franco. Además, la relación comercial fue importante porque, ante la escasez casi permanente de víveres, España se abastecía en mercados ingleses. A pesar de la cautela con que manejó Franco su política exterior mientras duró la guerra, al finalizar el conflicto llegó la condena unánime y tuvo que hacerse un trabajo diplomático importante para normalizar la situación de España con los vencedores. Hay que precisar, y hubiera sido bueno que lo hiciera el autor, que en el ámbito interno el país estuvo sumido en un estancamiento no sólo económico, sino social, lo que hizo de la española una sociedad atrasada, de manera que el reposicionamiento internacional de España no tuvo las repercusiones positivas que uno puede imaginar.

<sup>6</sup> Muestra de ella es el filme de Luis García Berlanga, *Bienvenido, Mr. Marshall*, España, UNINCI, 1953.

<sup>7</sup> J. M. Areilza y F. M. Castiella, *Reivindicaciones de España*, Madrid, IEP, 1941.

La independencia de las zonas coloniales españolas en África respondió a la necesidad de congraciarse con Naciones Unidas; sin embargo, Franco procuró retardar lo más posible esa independencia. El autor sostiene que la carta más fuerte que jugó Franco fue la de reformar el estatuto legal de esos territorios, cambiándolos hasta convertirlos en “provincias periféricas”, evitando la insinuación de que eran territorios ocupados. Finalmente tuvo que desistir y la independencia les fue otorgada.

La industrialización en la península y en las regiones mineras del África sahariana española introdujo nuevas formas de organización y, alargando el argumento, hasta una nueva forma de pensar en los trabajadores, ante lo cual el gobierno de Franco trató de mantenerlos a raya. En Marruecos, la importancia de la industria pesquera convivió con la proliferación de grupos independentistas bien organizados. Éstos también surgieron en el Marruecos francés, aunque más violentos. Aún así, España acogió a exiliados de ese territorio y promovió actividades en contra de ese régimen de protectorado. La visión de Gil es certera: la relación con el sultán de Marruecos fue de altibajos y –hace énfasis–, llegada la encrucijada más importante, el sultán apostó por la debilidad del régimen en el periodo de agonía del Generalísimo y llevó adelante la “Marcha Verde”.

Finalmente es pertinente señalar otro punto, el autor se olvida de tomar en cuenta el papel de la Familia Real española, encabezada por Juan de Borbón, conde de Barcelona, y emparentada directamente con la británica. La actuación política del conde no parece relevante para el autor, a pesar de hechos como lo que Franco llamó el “Contubernio de Munich” y el Manifiesto de Lausana, que Gil trata tangencialmente. Tampoco menciona siquiera los intentos de los Borbones de regresar al poder en una monarquía parlamentaria, apoyados por el Reino Unido. El lector poco imbuido en la historia política española de esa época simplemente no se da cuenta de en qué momento Franco negoció su sucesión con Juan de Borbón. La importancia de este aspecto es mucha, pues sirve para comprender el proceso de sucesión de Franco, fundamental para el viraje de la política exterior española. No es aceptable que de una página a otra se hable de un “Príncipe de España” con funciones de sucesor “a título de Rey” sin explicar cómo llegó a serlo y, sobre todo, cómo su padre cerró el acuerdo político con Francisco Franco.

Las cuatro páginas de conclusiones se desprenden quizá de modo muy obvio de su argumento principal. Cuando dice que la del franquismo no fue una política exterior de Estado, sino de Régimen, no está errando. Saber qué definición de régimen y cuál de Estado usa el autor sería útil en cambio. En este punto, más que sostener una tesis, el autor intenta presentar

a Franco como el personaje memorable de Charles Chaplin en *The Great Dictator* (1940), cuando no lo fue.

Es agradable informarse de la historia del franquismo teniendo a la política exterior como elemento de análisis; lo desagradable es encontrar tesis incompletas o explicaciones que buscan abarcar la totalidad de un tema y simplemente no lo logran. Si bien hay algunos errores de transcripción y otros que parecen deliberados –como el apellido de un expresidente mexicano–, hay que agradecer la calidad de la edición y de las ilustraciones, que más que ofrecer la historia de la política exterior de un país, muestran la adultez y la decadencia de un hombre.

Como conclusión insisto en que la tesis del autor es incompleta. Pensar que la política exterior de un país salió del ingenio de Franco sin influencias de intereses ajenos a él es reduccionista. La realidad es más compleja. Franco sí decidió las directrices de su política exterior, pero el contenido de sus decisiones fue resultado de la combinación de varios factores –internos y externos–, además de las modificaciones que pudo haber introducido el proceso de implementación. He ahí la complejidad.

JAIME HERNÁNDEZ COLORADO